

MARY KINGSLEY, *Cautiva de África. Las peripecias de una viajera intrépida*. Edición de Ramón Jiménez Fraile. Barcelona: Mondadori, 2001. 335 pp. ISBN: 84-397-0814-9.

Sabido es que el conocimiento de África tomará cuerpo y se completará de forma sustancial a lo largo de todo el siglo XIX, en especial a partir de 1850, gracias a numerosas exploraciones y expediciones que generaron un notable volumen de literatura, espléndidamente representada, en lo que se refiere de modo específico a la prosa de viajes de la etapa victoriana, por los textos de David Livingstone, Richard Francis Burton y Mary Kingsley. Esta última autora publica en 1897 sus *Travels in West Africa*, una obra que se ha convertido en todo un clásico en su campo y que ahora llega al mercado español, en forma de compendio, bajo el título de *Cautiva de África. Las peripecias de una viajera intrépida* —sin duda alguna particularmente acertado porque refleja los dos niveles que todo viaje tiene: el del conocimiento de una realidad física y humana, y los efectos que todo ello produce en la persona que lo lleva a cabo— y que nos permite acercarnos a una experiencia viajera particular que, si bien no pasará a la posteridad por el calado de sus descubrimientos, sí lo hará por otros logros. Uno de ellos es que vino a mostrar que la mujer occidental, que por regla general no solía entonces seguir más al sur de Madeira y de las Canarias, podía desenvolverse y sobrevivir en el infierno del trópico, y también destacará, y esto es lo más importante, por las posiciones desde las que contempla a África y a sus gentes, caracterizadas por el acercamiento, la comprensión y el respeto, ejerciendo con ello una particular y apreciable influencia en la conformación del pensamiento y los puntos de vista de los ingleses a este respecto.

Los primeros párrafos de esta publicación reflejan una vez más un hecho que no es sorprendente: que las Canarias se encuentran presentes, en grado diverso, en la literatura de viajes relativa al África atlántica, aunque los apuntes que Mary Kingsley nos deja a este respecto son prácticamente inexistentes y manifiestamente pobres si los comparamos con las amplias referencias que en este sentido nos legarán diver-

sos autores y aventureros —como es el caso de Richard Francis Burton, que se refiere a las Islas en distintas piezas de su producción—, pero que nos sirven para dejar constancia de la relación de la autora con la realidad insular. En el capítulo primero, después de describir con detalle el aspecto de Tenerife y Gran Canaria, tal y como se ven desde la cubierta del *Batanga* en la tarde del 30 de diciembre de 1894, Mary Kingsley anota: «No me extenderé hablando de las Islas Canarias, ya que es muy posible que me vaya por las ramas. Lo cierto es que ya las he visitado cinco veces, cuatro haciendo escala de ida y vuelta a la Costa y en otra ocasión en la que permanecí allí varias semanas. Así que si empiezo a hablar de las maravillas que poseen, de su comercio y de su industria, quién sabe cuánto podría aumentar de espesor este libro» (48). En este sentido conviene recordar que el primer contacto con las Islas se produce en el verano de 1892, sólo unos pocos meses después de que murieran sus padres y cuando se ve por primera vez plenamente dueña de sus pasos y de su destino. En esta ocasión llega a Tenerife y, tras estudiar a fondo esta isla, visitó las de Lanzarote, Gran Canaria y La Gomera. Es una pena que no haya publicado sus experiencias insulares y quizás en ello haya tenido mucho que ver el hecho de que las Islas ya contaban por aquel entonces con textos excelentes en inglés como los de Olivia M. Stone y Charles Edwardes, pero en cualquier caso estamos ante una estancia que tendrá una especial trascendencia para nuestra autora porque empieza a conocer sus inclinaciones y sus posibilidades, porque comienza a dar rienda suelta a su capacidad de observación y a su espíritu aventurero y porque había descubierto el encanto de viajar y se sentía con fuerzas para emprender la aventura de su vida. La segunda ocasión que Mary Kingsley llega a Canarias no es para quedarse entre nosotros, sino que va de paso hacia lo que será su primer periplo africano y que comienza en el verano de 1893 en Liverpool, a bordo del carguero *Lagos*, y que durará hasta enero del año siguiente. También pasará por las Islas en su viaje de vuelta y otro tanto sucederá en su segunda expedición tropical, que se inicia en Liverpool a finales de diciembre de 1894 a bordo del *Batanga* y que nos



relata en sus *Travels*. Como ya nos advierte nuestra autora, las referencias insulares son escasas y comienzan con el avistamiento del Teide a primera hora de la tarde del día 30: «Como de costumbre, aparecía como un fenómeno del todo celestial. Muchísimas personas se lo pierden: sufren un engaño al creer que el Pico es algo terrenal y miran en vano hacia el horizonte, a la altura de sus ojos; se esfuerzan por penetrar en la densa masa de nubes que normalmente envuelve las laderas durante el día. En ese momento aparece un amigo y señala alegremente al recién llegado el reluciente triángulo blanco en algún lugar cerca del cenit. Algunos días después el Pico se eleva con claridad desde el océano hasta la cima y muestra cada uno de sus 3.718 metros; cuando eso ocurre los pescadores canarios afirman que es señal segura de lluvia, de buen tiempo o de vendaval. No obstante, independientemente del momento y las circunstancias en que se vea, como un dulce ensueño a la luz del sol o melodramático y extraño bajo la luz de la luna, se trata sin duda de una de las visiones más hermosas que puede percibir el ojo humano» (46). Poco después de Tenerife aparecerá Lanzarote, y luego Gran Canaria. Las líneas siguientes se refieren al anochecer, que tiene lugar cuando se acercan a Gran Canaria y pueden contemplar el destello del faro de la Isleta, y unos minutos más tarde, los ocho kilómetros de luces del Puerto de la Luz y de la ciudad de Las Palmas.

El protagonismo del libro corresponde enteramente a África y desde un primer momento el lector advierte la fascinación que obra en Mary Kingsley la tierra y las gentes que encuentra y que van a dejar en segundo plano los objetivos iniciales del viaje: unas investigaciones ictiológicas, que pronto pasan a ser una mera excusa, porque la realidad física y humana que tiene delante se impone de modo inapelable y natural, y hace que el estudio de la mentalidad de los nativos, de sus prácticas religiosas y su organización social se convierta en la verdadera razón de los pasos de nuestra autora, produciéndose una interpenetración que no es frecuente en la literatura de viajes, en la que vemos constantes muestras de lo difícil que es relativizar los prejuicios y las preferencias personales, los valores culturales y las creencias religiosas. Afortunada-

mente esto no ocurre en Mary Kingsley: «En medio de la oscuridad revoloteaban miles de luciérnagas, y más allá de aquel pozo de noche absoluta corría la incandescente espuma blanca de los rápidos. No se oía ningún otro ruido aparte del rugido del río. La majestuosidad y la belleza de la escena me fascinaron tanto que me quedé allí contemplándola, con la espalda apoyada en la roca. No imaginen que todo aquello hizo brotar en lo que me place llamar mi mente las complejas reflexiones poéticas que la belleza natural despierta en la mente de las demás personas; eso es algo que jamás me sucede. Lo que yo experimento es la sensación de perder el sentido de la individualidad, olvidar cualquier recuerdo de la vida humana, con sus penas, sus preocupaciones y sus dudas, y pasar a formar parte de la atmósfera. Si hay un paraíso, el mío es éste; es más, creo firmemente que si me dejaran el tiempo suficiente ante una escena como ésta, o sobre la cubierta de un navío en una ensenada africana, contemplando cómo la chimenea y los mástiles oscilan ociosamente recortados sobre el cielo, me encontrarían muerta y sin alma. Sin embargo nunca tengo ocasión de comprobarlo» (142-143). En lo que se refiere a los hombres y las mujeres de África, los contemplará en toda su rica multiplicidad, deteniéndose en cada una de las telas tribales que forman el mosaico humano del trópico africano: los igoalwa, los m'ponge, los adooma, los ajumba, los fang, los bubi, los fanti..., y lo hará desde una posición antropológica, esto es, buscando las singularidades, las explicaciones y las enseñanzas que todo hombre y que toda etnia tiene detrás, mostrando las dispares formas en que distintas sociedades y pueblos consideran un mismo hecho, una misma práctica o una misma idea, y que no deja de sonreír permanentemente ante los aires de superioridad que algunas culturas tienen con respecto a otras, supuestamente bárbaras, inferiores y extremas. Una muestra de ello lo vemos en el hecho de que los bubi creen que los hombres blancos son peces, no hombres, que pueden estar un poco de tiempo en la tierra, pero al final acaban subiéndose a sus barcos y se desvanecen en el horizonte, de ahí la imposibilidad que tienen de poseer la tierra. Y todo ello lo hará Kingsley intentando dejar a un lado los preju-

cios, cuestionando la pretendida superioridad de la cultura occidental, y denunciando el perverso efecto de la presencia y la actuación de las potencias y de los misioneros en las colonias, porque subvierten el orden tradicional de los pueblos y porque aceleran su proceso de degeneración, todo ello desde una posición que comparte con R.F. Burton. En este sentido, se muestra particularmente crítica con la labor de la gran mayoría de los misioneros, a los que ve más empeñados en vaciar las mentes de los indígenas para rellenarlas con los principios de la religión que en entender sus propias creencias.

Otro de los rasgos que se debe destacar es la particular calidad de la escritura. En un momento de la obra, antes de comenzar el relato pormenorizado de su expedición al Ogué y entre las razones que aduce para justificar el uso que va a hacer de los extractos de su diario (97), la autora se cura en salud señalando que nadie espera encontrar literatura en un libro de viajes, pero se trata de una afirmación que no casa con la impresión que el lector tiene en este sentido, porque la prosa de Kingsley nada tiene que ver con el descuido ni sucumbe a la monotonía y al aburrimiento porque la realidad, plena de aristas, de detalles y de hechos en permanente cambio, le proporciona constantemente numerosos elementos de interés, porque las propias posiciones de la autora en relación a lo que ve y a lo que experimenta constituyen un bastidor que se traduce en permanente atractivo y porque la expresión constituye un permanente ejercicio de

elaboración y de exigencia: «Durante todo el día navegamos y pasamos por paisajes encantadores y variados que, a pesar de estar compuestos siempre por los mismos elementos, consiguen efectos diferentes. Sin duda no es acertado llamarlo sinfonía, aunque no se me ocurre ninguna otra palabra para describir el paisaje del Ogué tan lleno de vida, belleza y pasión como cualquier sinfonía escrita por Beethoven: sus notas cambian, se entrelazan y se repiten. Los *leit motiv* también están presentes. Al observar los papiros que uno tiene delante sabe que cuando llegue a su altura encontrará el gran bosque prolongado en una curva que bien podría ser de una bahía contra el desapacible cielo gris, mientras que las espléndidas columnas de sus maderas rojas componen la fachada de un inmenso templo que aún no ha tomado una forma definitiva. Más tarde el río se transforma en una extensión de hierba tan enhiesta que parece que creciera desde el fondo» (103). Y, por supuesto, no debemos olvidarnos de un elemento que aflora constante en las páginas de la obra y que no es un simple recurso expresivo del que se echa mano para lograr un efecto, sino que se trata de algo esencial de la personalidad singular de nuestra autora y que no es otro que su humor, un humor muy particular, lejano de caer en la acidez y la exageración y que en todo momento constituye un inestimable recurso para superar situaciones adversas.

FRANCISCO JAVIER CASTILLO
Universidad de La Laguna